

MUJERES RURALES

más allá del surco

MONOGRAFÍA CONFECCIONADA
A PARTIR DE INFORMACIONES
Y REPORTAJES ELABORADOS
POR EL SERVICIO DE NOTICIAS
DE LA MUJER DE LATINOAMÉRICA
Y EL CARIBE - SEMIac



MUJERES RURALES

más allá del surco

Monografía confeccionada a partir de informaciones
y reportajes elaborados por el Servicio de Noticias
de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe - SEMLac

Los sueños de una guajira	5
Brechas y voces en transformación.....	8
El pilar de “El Roble”	12
Avanzar sin miedo	15
“Ser mujer y campesina es duro”	19
Ellas hacen que las cosas sucedan	22
Las mujeres pueden mover montañas	24
Violencias “de puertas afuera”	26
Urge mirar a las zonas rurales.....	29
Violencias machistas vs bienestar	32
El trabajo que no se ve	35



Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe

Corresponsalía Cuba

E-mail: semlaccu@enet.cu

Web: www.redsemlac-cuba.net

El mundo rural no es sólo el surco y la producción agropecuaria. Es eso y más: un tejido de vida, cultura, historia y tradiciones que se cultivan en familia y comunidad.

Pero ese ámbito grande y diverso precisa de miradas locales que arrojen luces sobre las dinámicas que allí se viven y que transcurren, además, de modo diferente para hombres y mujeres.

Las mujeres rurales, en toda su diversidad, son una pieza clave de ese entramado: desde la que se encarga del cultivo hasta la maestra de la escuela; de la médica a la jubilada, la peluquera o la que se encarga de los quehaceres de la casa y trabaja mucho, aunque no es remunerada.

Incentivar el desarrollo rural e impulsar las potencialidades locales pasa también por frenar las brechas de género y trabajar por la autonomía y el empoderamiento de ellas, como protagonistas de su propio desarrollo.

Las mujeres rurales cuentan, en ese camino hacia un futuro más justo y equitativo. Mirar con lupa las desigualdades, allí donde viven y trabajan, también contribuye a un mundo más justo, donde todas las personas tengan las mismas oportunidades de ser felices.



LOS SUEÑOS DE UNA GUAJIRA

POR LISANDRA FARIÑAS



Foto: SEMlac-Cuba.

Para Cruz Hidalgo es esencial reconocer el papel de las mujeres en la ganadería.

En el corazón de Ciego de Ávila, a 460 kilómetros de la ciudad de La Habana, una mujer decidida ha desafiado los estereotipos y los resultados de su trabajo, en el campo de la ganadería, son notables.

Maite Cruz Hidalgo, una “guajira cubana” —como ella misma se define—, se ha embarcado en un proyecto que no sólo suministra alimentos a la comunidad, sino que también establece un hito en la búsqueda de la sostenibilidad y el empoderamiento femenino, [“en un mundo tradicionalmente dominado por los hombres”](#).

“Es difícil aventurarse en la ganadería, un entorno tan masculino y patriarcal, pero que ha ido cambiando poco a poco con la apertura de nuevas formas de gestión económica”, admite Cruz Hidalgo.

Su determinación y espíritu emprendedor le han permitido enfrentar estos y otros desafíos con coraje. En entrevista con SEMlac, esta mujer comparte su experiencia como ganadera y cómo ha convertido su proyecto “Las Margaritas” en un modelo exitoso en ese sector.

“Hay muchas mujeres hoy que, desde sus pequeñas granjas y proyectos, están trabajando y produciendo alimentos para la comunidad, y eso es muy importante”, dice.

“Las Margaritas” es un proyecto de desarrollo local que se ha convertido en una especie de faro de esperanza para la ganadería en Cuba, al demostrar que es posible desarrollar esta línea productiva en un momento en que la producción de leche atraviesa numerosos obstáculos, explica.

Ubicado en la [cooperativa](#) agraria de créditos y servicios “Patricio Sierra Alta”, en el municipio de Ciro Redondo, en Ciego de Ávila, al centro del país, este emprendimiento es para ella y las familias involucradas más que una simple ocupación. “Es una forma de transformar la tradición y construir un futuro sólido”, sostiene.

Para Cruz Hidalgo, el sueño detrás de “Las Margaritas” radica en una planificación meticulosa, una investigación constante y una inversión estratégica.

Sostenibilidad y conocimientos como claves

La sostenibilidad es una piedra angular de “Las Margaritas”. Conscientes de los efectos del cambio climático y el agotamiento de los recursos naturales, Cruz Hidalgo y su equipo han implementado prácticas sostenibles en su granja.

“Todo lo que se produce en nuestra granja se hace con energía renovable”, afirma con orgullo la ganadera. “So-

mos independientes del sistema eléctrico nacional, gracias a los digestores de biogás y calentadores solares que utilizamos”, refiere. Su enfoque en la energía renovable no sólo garantiza una producción continua, sino que también contribuye a preservar la naturaleza, insiste.

En “Las Margaritas” se aprovecha al máximo la materia prima, de manera similar a una refinería de petróleo, donde se extraen diferentes productos a partir del crudo, explica la ganadera.

Además del queso, utilizan el suero resultante para elaborar otros productos como requesón, batidos de fruta, refrescos libres de lactosa, lactonesa y yogurt. El suero restante se aprovecha para producir biogás y también se utiliza como alimento animal, dice.

“No podemos desperdiciar nada, el campo da mucho trabajo, la ganadería da mucho trabajo”, afirma.

En esa dedicación a la ganadería, Cruz Hidalgo ha utilizado sus conocimientos en física y electrónica —ingeniería de la que se graduó en 2003—, para comprender y explicar los fenómenos naturales que ocurren en su entorno y cómo impactan en la

actividad que desarrolla. Esta comprensión científica le brinda un criterio sólido y la capacidad de explicar estos fenómenos a las personas que trabajan con ella, sostiene.

A su juicio, es importante aprender a trabajar con diferentes caracteres, habilidades que adquirió durante su formación en pedagogía. Estos conocimientos le han sido útiles para manejar la diversidad de roles y personalidades en el proyecto, donde trabaja con ganaderos, ordeñadores, mujeres, personal de fábrica, albañiles y otras personas. “La capacidad de adaptarse y brindar a cada individuo según sus habilidades ha sido fundamental para el éxito, afirma Cruz Hidalgo.

Su camino es un testimonio de lucha, perseverancia y visión. Bajo esa premisa, esta ganadera está consciente del peso que tiene la innovación para la preservación de la actividad ganadera.

Es difícil, debido a la falta de apoyo suficiente y a los altos costos de pro-

ducción. “Hemos solicitado, en muchas ocasiones, estudios sobre el costo real de producir un litro de leche en Cuba, ya que el precio que reciben los ganaderos no refleja los gastos reales, como los costos de los suministros y nutrientes para las vacas”, explica.

Pese a los desafíos, siguen buscando constantemente la mejora y consideran que la retribución a los ganaderos que contribuyen al proyecto es clave para lograr la sostenibilidad a largo plazo.

Defender la tradición

El viaje de Cruz Hidalgo en la ganadería es una mezcla de coincidencias y amor. Inicialmente, soñaba con ser maestra, pero el destino la llevó a una familia con tradición quesera y ganadera. Fascinada por el cuidado de los terneros y el amor que su familia destinó a preservar la tradición, esta mujer encontró su vocación y decidió mantener viva una práctica centenaria.

“Mi suegra y mi cuñada hacen un queso espectacular”, comparte la entrevistada. “Cuando comencé a entender la historia de la familia, me di cuenta de que las mujeres siempre han sido responsables del ordeño y la



Foto: Periódico Invasor.

fabricación de queso. Es una tradición familiar femenina”.

Cuenta que la primera mujer ganadera de la familia llegó a Cuba en 1906, desde Islas Canarias. Empezó a levantar una nueva finca con cabras y hacer quesos que alcanzaron una gran popularidad en la zona. Después nació Irene, la abuela de su esposo, que por ser la hija mayor tuvo que ayudar a la madre en los quehaceres del hogar. Luego Irene, al casarse, tuvo a su hija Margarita, heredera de la tradición.

Con ese legado en mente, Cruz Hidalgo fundó a finales de 2020 “Las Margaritas”, todo un homenaje a su suegra y su hija, aunque desde 2011 ya había vuelto a la finca, volcada a preservar el legado familiar.

Su objetivo “va más allá de la producción de queso”. Ella busca “dignificar a los agricultores y reconocer el papel fundamental de las mujeres y los niños en el campo”, afirma. El enfoque principal de su proyecto es fortalecer las familias ganaderas y promover el concepto de ganadería familiar sostenible, subraya.

En su opinión, es fundamental que toda la familia participe y asuma responsabilidades en la ganadería, incluyendo a las mujeres. “Hemos trabajado para eliminar el temor que algunas tenían al enfrentar la ganadería y lograr que ellas se involucren activamente en todas las labores relacionadas, como el ordeño, el manejo de terneros y la atención de su alimentación, explica.

La familia es, para Cruz Hidalgo, un pilar esencial. Funcionar como un equipo en la división de las tareas y roles es una de las claves del éxito del emprendimiento, refiere.

A la par de ella asumir múltiples responsabilidades del proyecto de desarrollo, su esposo Israel se enfoca



La reconocida productora muestra los quesos hechos de forma artesanal.

Fotos: José Luis Martínez Alejo/Trabajadores.

principalmente en la conservación de las cercas, de los potreros y en vigilar el buen estado del ganado.

“En casa, si bien no escapamos a los roles tradicionales de género, también compartimos quehaceres como cocinar y lavar. La ganadería lleva muchísimo tiempo y es importante acompañarnos en ese empeño”, dice ella y subraya estar satisfecha con su estilo de vida, modesto y saludable, en su casita de tabla de palma y techo de fibras, pero feliz con lo que hace.

Además, ella y su esposo tienen un fuerte sentido de ayuda y sensibilidad hacia quienes más lo necesitan. De ahí que no sea extraño el apoyo de “Las Margaritas” a hogares maternos y de niños sin amparo filial, así como casas de abuelos en la comunidad. Estas tareas las comparten de manera equitativa y les brindan satisfacción personal, aseguran.

Para Cruz Hidalgo, es esencial reconocer a las mujeres en la ganadería. “Aquí estamos un grupo de mujeres de



Mientras Maite asume múltiples responsabilidades, su esposo Israel se enfoca, principalmente, en la conservación de las cercas, los potreros y el buen estado del ganado.

nuestro proyecto, demostrando que [es posible ser ganaderas empoderadas y emprendedoras](#)”, enfatiza, consciente de que con su ejemplo inspira a otras mujeres a desafiar los roles de género y perseguir sus sueños, por muy “macho” que sea el entorno.

BRECHAS Y VOCES EN TRANSFORMACIÓN

POR LEGNA MARÍA CABALLERO PÉREZ



Archivo fotográfico del proyecto Caproca.

Algunas brechas en estas zonas están vinculadas a la lejanía y poca accesibilidad de las fincas.

La herencia heteropatriarcal nos ha traído a un contexto donde persisten inequidades y silencios. El escenario rural no está exento de esta realidad, en la cual algunas personas avanzan más que otras, sobre todo en situaciones de crisis.

Las mujeres rurales hacen contribuciones reales a la economía, la sociedad y la sostenibilidad de la vida, por lo que promover su participación, empoderamiento económico y liderazgo transformador constituye un asunto de derechos, justicia social, desarrollo y bienestar.

El proyecto “Apoyo a la seguridad alimentaria y nutricional en dos municipios de Camagüey con enfoque de género y generacional (Caproca)”, desarrollado de 2021 a 2024, incide sobre 42 fincas familiares de Guáimaro y Jimaguayú, para lograr una gestión agropecuaria resiliente, basada en la agroecología y la equidad de género.

Una de las apuestas de Caproca es generar cambios y transformaciones en un sector machista, con pasos de avance y con las mujeres. Que los costos de la libertad para ellas sean más bajos respecto a su felicidad, que les resulte menos complejo el camino y no se sigan viendo sus derechos como caso cerrado.

La iniciativa, implementada por la Asociación Cubana de Producción Animal y la organización internacional Oxfam, realizó un diagnóstico participativo que identificó brechas de género en esos espacios agroproductivos.

Ellas cuentan

A Caproca pertenecen 482 socias de cooperativas en Jimaguayú y Guáimaro. De ellas, sólo 57 ocupan puestos de dirección, lo cual representa 11 por ciento. Por tanto, aún resultan insuficientes los pasos de avance en relación con el cumplimiento de la Estrategia de Género del Sistema de la Agricultura para lograr el liderazgo y participación de las mujeres.

Como parte de las acciones derivadas de la estrategia de género del proyecto, se crearon los comités locales de género para acompañar activamente e impulsar los planes de acción por la igualdad en las cooperativas.

“Estos comités nos han enseñado a valorarnos nosotras mismas, a dar nuestra opinión y entender que tenemos los mismos derechos. Les dan un espacio también a esas mu-

jeros que necesitan ayuda y consejo en una situación de violencia o cualquier otro problema. Nos han ayudado a ser lideresas en nuestros territorios, a manejar nuestras propias fincas y recursos”, argumenta Lluly González Bacallao, quien integra la junta directiva y el comité local de género de la CCS José Manuel Brito, en Guáimaro.

Enfrentan crisis

La confluencia de múltiples crisis: económica, climática, alimentaria, energética y del agua impacta negativamente en la calidad de vida de las mujeres rurales. En esa situación crece también su sobrecarga para llevar dobles y hasta triples jornadas laborales. La sequía es el evento del cambio climático con mayor impacto en ese sentido.

“La sequía afecta a todos, pero a nosotras nos multiplica el trabajo. Hay que cargar el agua que consumen los animales; si tienes siembra, puedes correr el riesgo de perder el trabajo realizado; se acorta el tiempo de descanso o de estar con tu familia y, en el hogar, debes hacer regulaciones para ahorrar al máximo”, cuenta Doraida García Ponce.

Debido al modelo tradicional y sexista del trabajo, las mujeres por lo general utilizan el agua para hacer las tareas de cuidados; que este recurso vital no esté disponible en los medios cercanos a la casa puede implicar un mayor tiempo dedicado al acarreo del líquido. Esa labor muchas veces la realizan los hombres, cuando se trata de grandes volúmenes; sin embargo, las mujeres cargan el agua desde el patio.



Archivo fotográfico del proyecto Caproca.

Doraida García Ponce, finquera de La Luna, en Jimaguayú, promueve prácticas agroecológicas para lograr mayor resiliencia ante el cambio climático.

Sostienen la vida

Los resultados de las encuestas aplicadas señalan como un factor de vulnerabilidad social la persistencia de la división sexual del trabajo. Las mujeres realizan mayoritariamente el trabajo doméstico y de cuidados, mientras los hombres se encargan de labores directas de producción, remuneradas y con visibilidad pública.

Damaisy Betancourt Pérez, finquera de El Jiquí, en Guáimaro, lo vive así todos los días. “Me levanto muy temprano cada mañana, preparo el desayuno para mi niño, realizo todas las tareas de la casa, recojo el patio, lavo, siembro plantas, las riego...”

“Creo que, para las mujeres rurales, el cuidado sí puede ser una limitante porque a la dureza de las tareas do-

mésticas se agrega la lejanía de mi finca a todo. También quiero distraerme, salir a una fiesta, ir a más talleres de capacitación, pero eso a veces se vuelve imposible”, reflexiona.

Algunos de los reclamos de las mujeres que integran el proyecto se enfocan en las limitaciones de los servicios de cuidado en estas zonas, como las casas de cuido, y el mejoramiento integral de la atención a las personas cuidadoras.

“Una escuela con mejores condiciones para los niños, con almuerzo; no tener que recogerlos por el mediodía y luego devolverlos por la tarde. Eso sería un gran apoyo para todas las familias de esta comunidad, sobre todo para quienes tenemos que encargarnos del cuidado”, agrega Damaisy.

Muchas asumen la cría del ganado menor en la finca, la atención del huerto para el autoconsumo y la protección de la biodiversidad. Sin embargo, esas tareas tampoco se perciben como actividad productiva que debe ser remunerada.

Otras desarrollan alternativas, como hace Liudradna Borges Noy, quien realiza trabajos productivos y reproductivos desde su finca La Esperanza, en Guáimaro. Ella y su pareja Alexis avanzan gradualmente hacia una distribución más equitativa del cuidado.

“Nosotros compartimos las labores del campo y también las del hogar. Así es más fácil y menos agotador. Nos ocupamos de la limpieza, el cuidado de los niños o la cocina; por ejemplo, a veces yo acarreo la leche mientras él hace algunas tareas en la casa. No obstante, yo sigo ocupando gran parte del tiempo en este tipo de trabajo, pero queremos aprender juntos y los talleres de Caproca nos han ayudado mucho”, reconoce Liudradna.

Promueven la agroecología

Los aportes de las mujeres rurales de estos territorios se observan también en su rol como promotoras del modelo agroecológico y en la transformación de sus fincas. Doraida García Ponce, productora de la finca La luna, en Jimaguayú, es una de las mujeres que, en este proyecto, transitan poco a poco hacia la transformación agroecológica de sus producciones.

“Me sumé a este largo camino por la necesidad de consumir alimentos sanos, además de los beneficios a la salud, la economía y para lograr ma-

yores producciones. Ya vamos incurriendo en cercas vivas, con cardona y piñón florido, y he preparado las mezclas para aplicar microorganismos eficientes, que deben restablecer el equilibrio del suelo y mejorarlo, para incrementar la producción de los cultivos”, explica.

La familia de la finca Las Vegas, perteneciente a la CCS Armando Cardoso, en Guáimaro, también promueve cambios desde la agricultura familiar. Adailín Vega, maestra y agricultora, argumenta algunas de sus transformaciones.

“Nos hemos consolidado en los sistemas de policultivos: asociamos maíz con frijol, plátano con frijol y acelga con tomate; teniendo en cuenta las características de las especies, como la capacidad del maíz para repeler plagas. Una de las ventajas del policultivo es la ayuda mutua de las plantas asociadas, para incrementar las producciones y llevar a la mesa un plato saludable”.

Sin embargo, muchas veces no son visibilizadas las buenas prácticas de las mujeres rurales y así se pierde una parte muy valiosa de los saberes campesinos.

Deciden

En las zonas rurales también se identifican desafíos estructurales relacionados con el acceso a recursos que generan empoderamiento, como la tierra, los ingresos, la propiedad de las casas y el empleo.

Aunque la entrega de la tierra en usufructo resulta un derecho de hombres y mujeres, a ellas muchas veces se les dificulta el acceso a las tierras:



Yunelkis Ramos Mayedo ha logrado importantes cambios en su finca, sobre todo, relacionados con la siembra del alimento animal, el manejo de la salud del ganado y el uso de energías renovables.

o están infestadas de marabú y los costos de su preparación son muy altos frente a sus limitados recursos económicos para invertir; o los estereotipos de género las continúan colocando en roles tradicionales.

En ocasiones, ellas cumplen los requisitos legales para solicitar y mantener las tierras, por lo que terminan siendo las usufructuarias; pero son los esposos, hijos o hermanos quienes se encargan de las actividades productivas y la comercialización. Por ese motivo, los proyectos y financiamientos no pueden desligar el enfoque de género de la entrega directa de recursos y fondos a las mujeres.

Experiencias de cuánto puede lograr y cuánto enfrenta una mujer que ha decidido ser finquera empoderada no faltan en Camagüey. Yunelkis Ramos Mayedo, lideresa de la finca Dos her-

manos, en Jimaguayú, ha vivido su propio proceso de empoderamiento económico.

“Cuando me dieron la titularidad de las tierras, decían que no iba a poder porque era una mujer y, además, divorciada. Pero fui demostrando mis capacidades para transformar y desarrollar mi finca, venciendo estereotipos.

“Hoy recibo los ingresos de esas producciones, decido e invierto. Mantengo a mi familia, soy libre de hacer con mi dinero lo que yo entienda, de compartirlo con quien quiera y eso es algo muy importante que debemos lograr: la autonomía económica”, sostiene.

“Es imprescindible conocer nuestros derechos como mujeres y las leyes que nos protegen ante cualquier injusticia. Tener autonomía económica nos libera; no se cansen de luchar por sus sueños como lo hice yo, verán que la libertad no tiene precio. Mientras tanto, seguiremos apoyando a las que no lo logran y generando redes de sororidad”.



Archivo fotográfico del proyecto Caproca.

La Estrategia de Género del proyecto Caproca ha resultado una herramienta valiosa para impulsar acciones de formación y cambio dirigidas tanto a hombres como a mujeres.



Ellas también apuestan por una ganadería sostenible, en un contexto deteriorado por los modelos ganaderos convencionales.

Archivo fotográfico del proyecto Caproca.

EL PILAR DE “EL ROBLE”

POR DIXIE EDITH



Foto: Reynaldo López Peña.

Gelmys sueña con poder construir una casita más sostenible en las tierras donde produce.

La vida de Gelmys Reyes acabó y comenzó de nuevo cuando tenía 62 años. De ser una trabajadora más en la finca donde vivía con su esposo, pasó a usufructuaria de tierras, cuidadora a tiempo completo y sostén de su familia.

Con 73 años, ella es hoy la cabeza productiva de la finca El Roble, unas 2,25 hectáreas de tierra especializadas en la producción de frutales en la periferia de la ciudad de Las Tunas, a poco más de 600 kilómetros al este de La Habana.

Aunque no lo dice con claridad, entre recuerdos y anécdotas puede descubrirse cierta nostalgia por los tiempos en que las cargas de la producción agropecuaria no descansaban sobre sus hombros.

“Yo solicité esta tierra desde 2011, cuando a mi esposo hubo que amputarle un pulmón. Entonces dije: ‘voy a buscar otra finca’ y tuve mucha suerte; enseguida me dieron la tierra, todos me ayudaron y empecé a producir”, contó Reyes a SEMIac.

Pero la decisión y el traslado no fueron cosa sencilla. Unos meses antes, Eddy Soto, el esposo, iba camino hacia una reunión de la cooperativa a la que pertenecían en ese momento y, al cargar su bicicleta sobre un tractor, se golpeó un pulmón. Nunca logró recuperarse.

“Es que los guajiros somos brutos y cuando él, finalmente, fue al médico, ya tenía neumotórax y no hubo nada que hacer”, detalla Reyes.

Entonces gestionaban la finca Ventorrillo, en la zona de Veguitas, un poco más alejada hacia el norte de la ciudad, pero con una extensión de tierra mayor.

“Era una caballería maravillosa. Teníamos seis hectáreas de calabaza, 40.000 matas de yuca, una fruta bomba muy buena. Mi esposo trabajaba la finca con mi hijo mayor, que siempre ha estado con nosotros en la producción”, recuerda la campesina.

“Aquí tuvimos que empezar de cero, primero a tumbar maleza. Mi esposo acabado de operar, sentado debajo del árbol, y yo trabajando. Un señor me tumbaba el marabú y yo lo limpiaba. Es que esto era un basurero. Acá tiraban todo lo que iba sobrando por ahí”.

Desde la operación del pulmón, Gelmys se siente “como si tuviera de nuevo un niño en casa”, dice.

“Ahora trabajo la tierra, voy a la bodega, a la farmacia, tengo también a mi mamá postrada... y si alguien se cae voy corriendo para el hospital con él. Yo soy así, para la humanidad, pero la vida que llevamos no es la mejor”, reconoce.

Trabas de un nuevo comienzo

Gelmys Reyes es una de las [más de 3.000 mujeres que en Las Tunas están involucradas, de una u otra manera, en la producción de alimentos](#). Justamente, la alta incorporación femenina a las tareas agropecuarias le valió a la provincia ser la sede del [Día Internacional de las Mujeres Rurales](#), el 15 de octubre de 2022.

Pero volver los ojos al campo ha sido una tarea ardua allí, donde hay mayores extensiones rurales que urbanas y una reducción sensible de las lluvias, junto la erosión creciente que afecta a la tierra.

“El 80 por ciento de sus suelos han sido declarados entre poco productivos y muy poco productivos, lo que obliga a incorporar la ciencia y la innovación en aras de que el territorio sea, como necesita la nación, líder en la gestión de la seguridad alimentaria”, evaluaba en 2020 un [análisis sobre la relación entre las mujeres productoras y la introducción de técnicas agroecológicas, publicado por la prensa local](#).

Reyes lo sabe muy bien. Actualmente equilibra con dificultad sus líneas productivas en busca de mejores rendimientos.

“Tengo aquí guayaba, coco, ciruela, mango, aguacate; cereza y acerola, que no son lo mismo, y café que ahora está maduro y lindo. Pero quiero sembrar otro poquito de café, mango y cerezas, que se dan muy buenas”, explica y aclara que las semillas de una de las variedades de cereza las compró en una feria de proyectos de la Universidad de Las Tunas.

¿Por qué cereza y no plátano, por ejemplo, que quizás se venda mejor?

Tengo algo de plátano sembrado allá atrás, pero es para comer nosotros.



Gelmys Reyes es una de las más de 3.000 mujeres que en Las Tunas están involucradas, de una u otra manera, en la producción de alimentos.

Esta tierra es arcillosa y muy húmeda; entonces las plantas se pudren. Esa parte de ahí, que está así de fea, no es por falta de trabajo. Hemos sembrado platanales y de todo, pero no avanzan. El mango se da mejor.

¿Y crían animales?

En un tiempo criamos cerdos, pero ya no porque la comida para darles se puso muy fuerte. También criamos gallinas, guanajos, patos y conejos. Lo único que no hemos tenido son vacas, porque estamos muy viejos para eso. Pero ahora no tenemos animales. Al conejo le cayó una enfermedad, que fue nacional, y las gallinas también se enfermaron. Quiero comprar otra gallinita porque hace falta para volver a criar.

¿Cuáles han sido los principales problemas?

En 2022 vendimos unos 20 quintales de mango, porque no se hizo contratación; no había azúcar para procesarlo. Así se pierde mucha producción. En general, la venta de frutas

a la cooperativa no da lo suficiente, porque me las pagan muy baratas.

Cotidianidades

Reyes vende todas sus producciones de frutales a la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) Niceto Pérez, de la cabecera provincial.

Según el [Decreto Ley No. 365 “De las cooperativas agropecuarias”](#), en vigor desde 2019, las CCS “se constituye por la incorporación voluntaria de agricultores pequeños que mantienen la propiedad o usufructo de sus respectivas tierras, así como de la producción que obtienen.

Se compone, además, por familiares de agricultores que estén vinculados a la tierra y “tiene como funciones principales gestionar a sus cooperativistas el acceso a los créditos bancarios, a los insumos y a los servicios que completan los ciclos tecnológicos; contratar y comercializar las producciones y servicios, así como contribuir al desarrollo integral de la propia cooperativa y la comunidad donde está domiciliada”, según reza el Decreto Ley.

“Yo gano más vendiendo cereza a una juguera que está por el centro del pueblo, frente al parque, que vendiendo fruta a la cooperativa”, asevera la productora.

“La muchacha de la juguera me paga la libra de cereza a ocho y a 10 pesos y la cooperativa me paga el coco a tres cincuenta. Pero creo que es importante, porque eso ayuda a la gente. La cooperativa entrega frutas a los hospitales y a los círculos infantiles”, agrega.

El mayor sueño de Reyes es tener una casita en las tierras que trabaja. Hoy vive en una temporal y no ha podido construir una vivienda más sostenible porque “dicen que somos usufructuarios y no tenemos derechos”, apunta.

“Yo creo que eso ya cambió con la nueva ley, pero la verdad es que no he ido a hacer la gestión. La última vez que averigüé fue hace como seis años y luego vino la covid-19... ya hasta los tiempos se me enredan en la cabeza”, dice.

“Pero me tengo que ocupar, porque si viene un ciclón de verdad, esto no aguanta, porque no tiene cimientos”, insiste.

Además del hijo, que vive y trabaja en la finca, Reyes y su esposo tienen otros dos; otro varón que es trabajador por cuenta propia y una mujer, graduada en construcción civil. También tienen varios nietos. “Mis hijos son muy buenos y se ocupan mucho de nosotros”, dice Reyes



Foto: Reynaldo López Peña.

El hijo mayor de Gelmys, llamado Eddy igual que el padre, la ayuda en las tareas agrícolas.

¿Y no ha tenido problemas por ser mujer y dedicarse a la tierra?

Ni por ser mujer, ni por la edad. He tenido trabas que tienen que ver más con la burocracia. Lo otro es que todo el mundo quiere esta tierra, porque está muy cerca de la ciudad. Vienen y quieren que se las venda. Pero yo la tengo para sembrar y entregar al gobierno, para ayudar a la gente.

A mí todo el mundo me conoce. El que venga aquí buscando guayabas para un jugo de un niño o coco para coger el agua y ayudar a curar el dengue, se lo lleva sin pagar un centavo.

¿Usted es una batalladora?

Claro, es que fui criada en una finca.

Sí, pero otras mujeres también fueron criadas en el campo y se quedan en la casa. ¿Cuántas salen al campo a trabajar?

Bueno, es verdad que todavía muy pocas. Pero últimamente a las mujeres no les gusta trabajar en el campo, quieren tener uñas largas y todo eso.

¿Y a usted, le gustan las uñas largas?

Sí, normal. Pero nunca me las pondría postizas, ni vendería mi pelo, ni tomaría nada para engordar. ¡Y mira que bajé de peso con la covid...! Yo voy contra la corriente: cuando ellas se estiraban el pelo porque estaba de moda, yo me lo *enriesé*, porque era más cómodo. Hago lo que me gusta; me como el chocolate, el queso y la leche, porque es lo más que me gusta.

Fui criada entre las vacas. Mi abuela se levantaba a las cuatro de la mañana y yo con ella. Mi familia es luchadora y somos conformes. No vivimos bien, pero no vivimos mal porque tenemos lo suficiente. Yo siempre digo que voy a seguir trabajando hasta que me caiga.



Foto: Reynaldo López Peña.

AVANZAR SIN MIEDO

POR ZUCEL DE LA PEÑA MORA
Y ADALYS RAY HAYNES



Sombrero y camisa vaquera, el atuendo que tanto disfruta Pérez Santana y que la hace sentirse cómoda, dispuesta, fortalecida.

Una finca es el mayor patrimonio que tienen Edennys y Maritza, dos mujeres de Las Tunas, provincia del oriente cubano a unos 660 kilómetros de la capital. Justo ese resulta el sueño de otras tantas que, pese a su inestimable contribución al ámbito productivo y doméstico, permanecen en la cifra de “amas de casa”, sin salario establecido y sobrevivientes del éxodo que marca la vida cotidiana del entorno.

Edennys Esther Escalona Labrada, de 67 años de edad, y [Maritza Marcela Pérez Santana](#), de 57, son usufructuarias y dueñas de emprendimientos asociados a cooperativas de créditos y servicios (CCS). En la estadística local, ocupan dos puestos entre 917 productoras, según datos de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (Anap).

Las dos tienen en común que viven en parajes aislados, acompañadas por pocos familiares que se quedaron o llegaron para apoyarlas; trabajan sin descanso, duermen poco, viven por y para mantener lo conquistado. Ambas dijeron la misma frase: “Yo no tengo miedo”.

La Ninfa llaman al sitio al que Escalona Labrada dedica su tesón, a unos 10 kilómetros de la ciudad, con un intrincado acceso. Ese panorama cambia cerca de los predios de esta mujer inspiradora, divorciada y con un solo hijo. Desde 1987 ella afirmó su autonomía: sola, decidida y muy despierta para evitar los robos comunes en la zona.

Hay un extenso potrero y, al final, su casa. Entre ella y su hijo, ya productor, poseen ahora dos caballerías (26.84 hectáreas). Unieron los terrenos para gestionar mejor la ceba de toros, la crianza de aves, cerdos, abejas y ganado ovino-caprino; además de la siembra de café, viandas, frutas, pastos y forrajes.

Lo mejor, dice, son sus yeguas “Gaviota”, “Sanyeta”, “Cuqui” y “Lisandra”, cerreras de pura raza que sirven para la reproducción y marcan la diferencia patrimonial de una campesina que sabe lo que quiere y confirma eso como su buenaventura desde que nació.

La comunidad más cercana es La Veguita. Allí vive, en edificios, una población rural reubicada por la construcción de un embalse y otros intereses estatales. Por esos rumbos, a Escalona Labrada la nombran, en secreto, La Patrona y ella lo sabe.

Pérez Santana vive mucho más al norte, en La Veguita del municipio de Puerto Padre, en una tierra vinculada a la cooperativa “Elpidio Sosa” y dedicada especialmente a la



“Las yeguas, las potrancas cerreras, son mi mayor patrimonio. Tengo un pito, las llamo así y ellas corren a mí”, asegura Edennys Escalona Labrada.

cría de ganado menor ovino-caprino. Desde 2020 es usufructuaria de una caballería, que está a su nombre desde 2021 y que administra “con el sudor de su frente”, reconoce.

Su ruta es más larga y los caminos intransitables, pero no le impiden ensillar temprano, montar el carretón cada madrugada después de ordeñar las vacas y, buscando atajos, acarrear la leche de productores cercanos hasta el poblado de Vázquez.

Atrás quedó la niña que ayudaba a desyerbar y cargar viandas a su papá, en su natal comunidad de Narciso; la que empezó los estudios de Enfermería, pero rápido comprendió que ese no era su mundo. Ella hizo familia, tuvo hijos y se mudó como tres veces, siempre criando vacas y chivos.

A “pulmón” les sembraba la comida a sus rebaños.

Sonreír es lo suyo y la buena cara ante cada empeño. Para salir de casa, viste como auténtica vaquera, una identidad que eligió para mirarse al espejo y emprender sin mirar atrás. Logró lo que otras no pudieron: transformar su vida en el complejo ámbito rural.

Fue ella quien convirtió los potreros llenos de marabú en área diversificada, plantó comida animal para la producción de carne, alejó a los perros jíbaros, preparó los cuarterones, cerró cada espacio entre la maleza e hizo el pozo, sembró y sembró junto a su esposo y otras manos allegadas, y ya tiene una finca sin nombre.

De sus dominios aún en ciernes, anota entre las victorias el sistema de riego que le entregaron el pasado año, cuando su cooperativa recibió los recursos solicitados mediante el proyecto Apoyo a la Intercooperación Agropecuaria (Apocoop) y Oxfam. Hasta su paraíso llegó la tecnología bien equipada, con turbina y paneles solares, para la siembra de alimento animal.

Producir en secano, vivir en resiliencia

Emprendimientos rurales femeninos como los de estas productoras, en una provincia que encabeza los bajos índices de precipitaciones del país, exigen más que deseos. El recurso agua es imprescindible y escasea por acá.

La crisis económica que atraviesa el país, el costo de la vida, el robo, la despoblación rural y la falta de tecnología y fuerza de trabajo para producir son también el día a día de estas mujeres, asediadas por realidades que complejizan su ya demostrado empuje.

“Yo he sabido hacer 40 toros y después 30 y 30 más; así he logrado gran-

des producciones de carne. Mi hijo produce leche y tenemos unas colmenas de las que se saca su poquito de miel y la entregamos a la cooperativa. A la sequía la enfrentamos a capa y espada, como se dice, luchando y sin dejar morir a los animales”, sostiene Escalona Labrada.

En esas contiendas perdió el dedo meñique de su mano izquierda mien-

tras molía caña en la máquina forrajera para sostener la crianza. “Me definiendo un poquito mejor, porque tengo tractor y carreta. Cuando nos vemos apretados, les tiro comida y agua a los animales de cualquier fuente que encuentro”, relata.

¿Qué es lo más complejo en el manejo de la finca?

“En estos momentos, con la situación que hay, no hay dónde comprar un rollo de alambre u otro insumo que nos haga falta. Lo demás lo resolvemos nosotros, poco a poco.

“Las cosas están difíciles. Podíamos tener un poquito de petróleo para arreglar las tierras, el área de caña. Nos hace muchísima falta, pero no existe esa posibilidad”, agrega La Patrona.

Para Pérez Santana los retos no son pocos, aunque su esposo dice que ella



Fotos: ReyLópez.

Una ruta larga de caminos intran-sitables no son mella para que Maritza ensille temprano el caballo y salga temprano en el carretón, buscando atajos.

“Tener agua en la finca me hace sentir más respaldada, con más disposición”, confiesa Maritza Marcela Pérez Santana.





Foto: ReyLópez.

Entre otros planes, Maritza quiere pedir más tierras, crecer en animales y sembrar *king grass*.

siempre está en el camino. Garantizar todo lo que necesitan no es asunto de una hora. Entre labores domésticas, la búsqueda de recursos indispensables, subsistir lejos del núcleo urbano, velar por el agua y el alimento de los animales y el hogar, le sorprende la jornada siguiente.

“Ahora mi marido está enfermo y no se puede ocupar de sus reses. Cada día me levanto a las 3:20 de la mañana para ordeñar las vacas y me siento capaz de hacerlo todo en la finca: llevo la leche a las tiendas, cuido de las cabras, las ovejas, los carneros... hago guardias”, remarca.

Entre brechas, el éxito

Estas mujeres del oriente cubano ya se sienten emprendedoras. Conocen bien las brechas de género que rodean al medio rural, ante las cuales nunca se detuvieron.

“Mi esposo se siente orgulloso de mí, de que yo sea así. Me apoya. A mí me piden hacer algo y, si dudo, él

me da fuerzas para seguir y me dice: ‘Sí, sí, sí, ¿cómo no vas a poder con eso?’. A la vez, atiendo a mi familia; mi mamá está postrada y, junto a mis hermanos, la cuidamos. Me supero; cada vez que puedo voy a las capacitaciones en la cooperativa”, asegura Pérez Santana.

Apoyos como los de Apoccop y Oxfam vienen a ser —nunca mejor dicho— pura agua fresca para la soberanía alimentaria local.

“Yo soy otra. Ese proyecto me ha ayudado bastante a incentivar los deseos que tenía de seguir luchando. Ahora, cuando no hay electricidad, tengo el panel solar y, mientras hay sol, estoy regando”, ilustra la labriega de Puerto Padre.

Escalona Labrada rememora la ruta que ha recorrido. “Me incorporé a trabajar en el control técnico, en los estabulados de animales, en la antigua Cuenca Lechera de Las Tunas; estuve en vaquerías modernas. Los mismos animales te van dando la experiencia

a través de los años y, a veces, una sabe más que el veterinario”, destaca.

Esas prácticas y saberes avalan su Premio Nacional a la Excelencia en el Trabajo de la Mujer Productora, que entrega la Asociación Cubana de Producción Animal (ACPA), en atención al quehacer de 2022. A juicio de las directivas de la ACPA en la provincia, su iniciativa contribuye al desarrollo socioeconómico y medioambiental.

“No me quejo porque, en realidad, sí da resultado. Aquí no puedes trabajar un tiempo y quitarte. Hay que persistir, como hago yo; no te puedes cansar”, comenta La Patrona y deja en el aire un aroma a espacios de decisión propia.

Mientras, Pérez Santana da batalla. “No hay nada que me impida desarrollarme, desenvolverme; y mucho menos eso de ‘esto debe hacerlo la mujer y esto el hombre’. Entre mis planes cercanos están pedir más tierras, crecer en animales, sembrar *king grass* como siempre soñé y seguir luchando. No me dejo vencer muy fácil, sigo firme”.

SER MUJER Y CAMPESINA ES DURO

POR DIXIE EDITH



Foto: Reynaldo López Peña.

A pesar de los tropiezos, Nersa Pérez se declara feliz en su finca "El Parnaso", en la oriental provincia de Las Tunas.

El contexto económico desfavorable que vive Cuba se ha combinado con tradiciones culturales machistas de vieja data y aún son pocas las mujeres incorporadas formalmente a las labores agropecuarias, en contraste con el peso que la fuerza laboral femenina tiene en otros espacios de la vida nacional.

Según el más reciente informe sobre desarrollo humano publicado en Cuba, las cubanas representan el 46,3 por ciento de la población rural, pero apenas el 26 por ciento de quienes trabajan en los campos.

Ellas suman poco más del 15 por ciento de las personas ocupadas directamente en la agricultura, el 16 por ciento de las usufructuarias y el 32 por ciento de las propietarias de tierras, refiere el texto titulado ["Ascenso a la raíz. La perspectiva local del desarrollo humano en Cuba 2019"](#).

Nersa Pérez Vargas es [una de esas campesinas](#) que ha compartido el protagonismo de los hombres en la agricultura e incursiona ahora en nuevas líneas de producción para mantener con vida su finca.

A pesar de los tropiezos, se declara feliz en El Parnaso, una localidad rural cercana a la ciudad de Las Tunas, a unos 600 kilómetros al este de La Habana.

Pérez Vargas vive en una pequeña casa de mampostería, con paredes sin pintar. A 50 metros se divisan sus cochiqueras vacías, sumidas en un silencio absurdo e incómodo que sintetiza otro capítulo amargo en su vida de mujer rural.

Pero las reses, también visibles desde las ventanas de la casa, le salvan las cuentas y el buen ánimo a esta ganadera de más de 50 años, que aprendió temprano a buscar alternativas cuando se le cierran los caminos.

Ella hacía planes para llegar a totalizar 1.000 cerdos en diciembre de 2021, cuando la crisis económica que acompañó a la pandemia de covid-19 anuló la importación y producción de piensos en Cuba, cuenta a SEMIac.

"Llegué a tener 600 cerdos y estaba haciendo otra cochiquera para seguir creciendo", dice, ante la nave a medio construir.

Mediante convenio con la Empresa Porcina, Pérez Vargas recibía lechoncitos de pocos días y entre el 70 y el 100 por ciento de los alimentos para cebarlos. A los seis meses se los vendía de vuelta a la empresa por un precio previamente acordado.

Estos convenios porcinos están entre las producciones y negocios que más prosperaron en el sector agropecuario de Cuba antes de la pandemia.



El sobrino de Pérez Vargas, José Lázaro Montejo, su ayudante en la finca, confirma que la mayoría allí son hombres y respetan a su tía, porque es una mujer trabajadora y recta.

Fotos: Reynaldo López Peña.

Pero el déficit de alimentos forzó el abandono de esta línea por muchos de sus productores, casi de golpe. Pérez Vargas también tuvo que renunciar a ella, después de haberse dedicado a la cría de cerdos desde 2011, dos años después de arrendarle la finca El Parnaso, de 18,5 hectáreas, al Estado.

“Comencé con 120 puercos y fui subiendo hasta que el año pasado se puso la cosa mala, por el déficit de comida. Si no, estaría en 1.500 puercos o más”, presume.

“Cuando vuelva a tener comida, sigo en la crianza de cerdos, porque esa es la rama que a mí me gusta”, insiste Pérez Vargas.

Nuevas alternativas

Pérez Vargas, sin embargo, no perdió el tiempo con lamentos. En 2021 reinvertió sus ahorros en la ganadería vacuna. Actualmente tiene 12 vacas y 10 toros de ceba en pastoreo libre en

los potreros de su finca. Diariamente ordeña nueve vacas y le entrega entre 49 y 50 litros de leche a la empresa acopiadora.

Los ojos le brillan más cuando se refiere a los toros, que en breve sacará al mercado por primera vez. “Ya están para vender carne”, comenta Pérez Vargas.

El gobierno cubano liberó en mayo de 2021 la venta directa de carne de res por parte de los productores agropecuarios privados y cooperativas, sin la intermediación monopólica de empresas estatales, como era antes.

Al resumir los momentos más duros de su vida, esta campesina empieza por el más reciente: “Cuando tenía cientos de puercos sin comida para darles”. También recuerda con amargura la dura sequía que azotó el oriente cubano entre los años 2003 y 2004.

Sin embargo, para ella la pérdida de su madre ha significado la experien-

cia más dura de su casi medio siglo de existencia. Fue un capítulo triste y difícil.

“Mami tenía 42 años nada más; yo, 21. Era la mayor de los cuatro hermanos y como mujer quedé de cabeza de familia”, rememora Pérez Vargas.

Su padrastro, con quien siguieron viviendo, trabajaba en una empresa estatal. Mientras él se mantuvo como sostén económico del hogar, le dejó a ella la gestión doméstica, el cuidado de los hermanos y el trabajo en la finca. La hermana más pequeña sólo tenía cinco años. Nersa Pérez Vargas pasó a ser la otra columna del hogar, la principal.

Cuando hace balance de su vida hasta ahora, esta tunera confiesa que la ruta que siguió desde joven le ha dado fortalezas, autonomía para decidir y capacidad de gestión.

Pérez Vargas ha ganado un protagonismo evidente en la actividad eco-

nómica rural y a ella misma le cuesta trabajo entenderse como un caso poco común. Cuando le preguntan si es normal que las mujeres laboren y administren a la vez una finca -también cría carneros, además de cultivar frutales y viandas- dice, sin vacilar, que sí.

Sin embargo, interrogada sobre la relación numérica entre hombres y mujeres en la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) “Carlos Manuel de Céspedes”, a la que pertenece, Pérez Varga admite, finalmente, que no hay muchas mujeres como ella. De 262 personas asociadas a la CCS, solo ocho son de sexo femenino.

Trabajo y vida duros

En los años 90 del siglo XX, Pérez Vargas compartía con su esposo una finca en otra localidad de Las Tunas, Buena Vista, hasta que decidieron mudarse para El Parnaso. Pero se divorciaron, 25 años después de casados, cuando esta campesina descubrió que su pareja iba a tener un hijo con otra mujer.

“Hay errores que no se perdonan”, razona Pérez Vargas. “Si la mujer los perdona, termina pisoteada”.

Ahora vive con un sobrino joven, José Lázaro Montejó Vargas, que le acompaña en las labores rurales.

“No, yo siempre he sido jefa de la finca. Mi esposo trabajaba conmigo y con los obreros y me enseñó a defenderme. Pero fui yo quien contraté la finca en usufructo, yo”.

¿Cómo mujer, encuentra obstáculos para trabajar? ¿Barreras para negociar con otros?

No sé si será un privilegio o yo me he ganado el respeto, pero a donde voy, a

mí me escuchan, a mí me atienden. A veces tengo dificultades para resolver un problema, pero no ha sido lo usual. Aquí, en Las Tunas, la mujer con mayores producciones porcinas era yo.

¿Cuáles crees que son los principales desafíos que tienen las mujeres del campo?

La mujer rural tiene posibilidades que antes no tenía, tiene empleo. Nos sentimos más protegidas. Antes la mujer era nada más para la casa. La mujer era un objeto del hombre. Ahora tiene los mismos derechos.



[Descargue el Informe en PDF](#)
[ASCENSO A LA RAÍZ](#)
[La perspectiva local](#)
[del desarrollo humano en Cuba.](#)
 2019



¿Y se los dejan cumplir? ¿Cree que todo el mundo lo ve igual?

Muchos no lo ven así. A muchos hombres les cae mal que yo sea productora. Son machistas y me dicen que yo no debo hacer este trabajo, porque es de hombres. Pero, como integrante de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), me han enseñado a defenderme por mí misma, a no ser dependiente del bolsillo del hombre.

Otros me elogian por lo que hago. Yo tengo buenas relaciones con hombres productores de esta y de otras cooperativas. Somos compañeros y amigos”.

El sobrino de Pérez Vargas confirma que la mayoría de los productores de la cooperativa son hombres, pero respetan a su tía porque es una mujer trabajadora, recta, “que no anda conversando con mucha gente”.

¿Qué hace falta para que haya más mujeres productoras en el campo? ¿Y para que sean más las que soliciten tierras?

Hacer más convocatorias. Pedirles que se incorporen. La mayoría de las muchachas están estudiando y después no vuelven al campo. No vaya a creer. El campo es duro. Otras muchachas se casan y ya no trabajan más. O no les gusta el campo, o el marido no las deja.

¿Entonces, el marido sigue determinando lo que hacen muchas mujeres?

Nosotras tenemos derechos, pero el trabajo del campo es fuerte. La mujer campesina se levanta por la mañana, hace las cosas de la casa y de ahí va para el campo. Cuando vuelve del campo, tiene que volver a la cocina y las cosas de la casa. Ser mujer y campesina es un orgullo, pero es duro.

ELLAS HACEN QUE LAS COSAS SUCEDAN

POR LIRIANS GORDILLO



Foto: SEMIac-Cuba.

Entre los aportes de las mujeres al desarrollo local, Mariluz Aguilera destaca el la calidad de su trabajo, su creatividad y sensibilidad para enfrentar el cambio, el trabajo colegiado y la capacidad para inspirar a otras personas.

Una mirada al [desarrollo local](#), a proyectos sociales, al [activismo](#) comunitario, [la respuesta a desastres](#) y emprendimientos territoriales pone en evidencia el protagonismo de mujeres diversas. Aunque ellas no siempre están en la toma de decisiones y muchos de sus empeños se quedan en la subsistencia, lo cierto es que viven y generan cambios.

Mariluz Aguilera conoce testimonios que dan fe del empuje de las cubanas en el desarrollo local. Actualmente es especialista en proyectos de desarrollo local del gobierno en Jesús Menéndez, municipio de Las Tunas, provincia a 656 km de La Habana; pero su historia dedicada a la transformación social comenzó en 1997, como especialista de Programas y Proyectos de la dirección de Cultura del mismo municipio.

“Desde aquellos años, soñábamos utopías relacionadas con la defensa de las tradiciones comunitarias”, recuerda.

A partir de 1999 se involucró en diversos proyectos de colaboración apoyados por Oxfam en Cuba, los cuales tuvieron como eje central los derechos de las mujeres y su autonomía económica. Las transformaciones en la agroecología y en la gestión de cooperativas, la formación y el apoyo a mujeres [emprendedoras](#) en el sector rural, la prevención y el abordaje de las violencias machistas han sido resultados que convirtieron al municipio Jesús Menéndez en un referente del trabajo a favor de la equidad y el desarrollo local.

“Aunque el desarrollo local va de juntar todas las manos, sin duda en nuestros contextos las personas que más perseveran, construyen y crean son las mujeres”, afirma.

“Tras cada emprendimiento está la mano de una mujer que, con tino, conduce el proceso o actividad hasta llevarlos a vías de hecho”, agrega.

Desde su experiencia ¿cuáles son los aportes de las mujeres al desarrollo local?

Son varios, entre ellos puedo mencionarte el compromiso con el cumplimiento y calidad de las misiones, la creatividad en la conducción de los procesos, el alto nivel de sensibilidad para enfrentar el cambio, el trabajo colegiado y desde la participación, la flexibilidad y empatía con los grupos de trabajo, la lucidez de reconocer la importancia de la formación, la capacidad de inspirar a otras personas, de escuchar y sensibilizarse con los problemas de otras mujeres y, sobre todo, de “hacer que las cosas sucedan”.



Foto: SEMlac-Cuba.

Mariluz Aguilera, especialista en proyectos de desarrollo local del gobierno en Jesús Menéndez, Las Tunas, provincia a 656 km de La Habana.

¿Qué necesitan ellas para poder desarrollar su liderazgo plenamente?

Poseer herramientas y conocimientos para conducir los procesos que defienden, nunca dejar de escuchar atentamente, ser ejemplo de perseverancia y abnegación, trabajar por un resultado colectivo.

¿Cuáles desafíos particulares encuentran las que viven en [entornos rurales](#) y son campesinas?

[Los desafíos han sido tantos...](#)

Para muchas está en haber abandonado los estudios para convertirse en mamá siendo muy jóvenes, no considerarse con las habilidades necesarias para convertirse en profesional, ser muy tradicionalista, haber nacido en zonas de campo y depender de sus padres aun siendo adultas, entre otras situaciones. Pero probarse a sí mismas sigue siendo el mayor de los desafíos.

Muchas han necesitado tiempo y esfuerzo para encontrar qué saben hacer y que además les guste, lo disfruten y les reporte dividendos para mejorar su economía individual y familiar. Pero han terminado orgullosas de sí mismas, al contar y compartir su práctica.

El municipio Jesús Menéndez es un referente en el país en la búsqueda de desarrollo local, con equidad y perspectiva de género. ¿Qué aprendizajes pueden ser útiles para otras experiencias y territorios del país?

Mira, [la mujer rural empoderada](#) es la evidencia de que todo es posible. [Cada finca exitosa habla de una mujer que conduce muy bien la economía fa-](#)

[miliar](#). Cuando conversas con mujeres exitosas en los espacios rurales del territorio, descubres que muchas veces su despertar estaba en pausa por las muchas [puertas que se mantenían cerradas](#).

Esto significa que no tenían a quién pedir ayuda y eran sólo ellas, sus hijos y sus ganas de salir adelante.

Al igual que el resto, las que habitan en entornos más rurales poseen necesidades. Pero, en su caso, muchas de esas necesidades no se reconocen hasta que se les presenta la posibilidad de viajar, intercambiar, ver y compararse. No basta con acceder a los medios y tecnologías para aprender qué puedes alcanzar.



Foto: SEMlac-Cuba.

Probarse a sí mismas sigue siendo el mayor de los desafíos.

LAS MUJERES PUEDEN MOVER MONTAÑAS

POR DIXIE EDITH



Una de las buenas prácticas es hacer visibles a las mujeres que toman decisiones y conducen espacios de éxito.

Para Aurelia Castellanos Quintero, la formación de género en las personas que laboran en los espacios rurales cubanos es esencial, “porque desde el conocimiento se pueden tomar decisiones más justas”, asegura.

Más de una década al frente de la Filial de La Habana de la Asociación Cubana de Producción Animal (Acpa) y muchos esfuerzos puestos en favor del empoderamiento de las mujeres productoras le han demostrado, además, que la capacitación debe alcanzar a los hombres y a quienes dirigen, “porque para respetar y no discriminar, primero hay que conocer”, agrega.

“Cuando se unen información y educación en terminologías y formas de actuar equitativas, que respeten derechos, las personas son más justas y producen, pudiéramos decir, con más amor y mayor fortaleza”, valoró Castellanos Quintero en entrevista con SEMIac.

En su opinión, ¿cuáles son las principales brechas de desigualdad que hoy existen en los espacios agropecuarios?

Una muy importante es que, si bien contamos con una estrategia de género en la agricultura y muchos asuntos están normados o recogidos en leyes, aún tenemos directivos que no dominan el tema o, si lo dominan, no aplican los conocimientos. Existe una brecha muy grande entre lo que se debe conocer y lo que se debe aplicar.

Muchas mujeres no acceden a espacios de toma de decisiones y tampoco se divulgan las buenas prácticas de las que sí llegan. Otras, cuando toman un liderazgo, reproducen métodos de dirección patriarcales. Y muchas veces las mismas condiciones económicas del país obstaculizan ese acceso al poder, pues ellas están sobrecargadas con el sostenimiento de los hogares.

Otro elemento importante es que se deben contar las historias de vida de mujeres que tienen cargos de dirección y los llevan con efectividad; o de productoras de éxito. Creo que tenemos que tomar la iniciativa, ser más agresivas a la hora de implementar lo que ya existe y de reclamar derechos.

Algo muy importante también es que no siempre se les dedica presupuesto a la transversalización de género y a la capacitación. Tenemos que defender que en cada presupuesto se incluya la actividad de género, la formación, el estímulo productivo a las mujeres. Si no, seguimos soñando y no pasamos del sueño.

Según la experiencia en Acpa, ¿se logran cambios cuando se hacen procesos conscientes de transversalización de género? ¿Dónde se avanza más y dónde menos? ¿De qué depende?

Cuando se implementan procesos de transversalización de género, los efectos son significativos. Es increíble ver cómo van cambiando las personas, incluso los hombres, las familias; cómo eso influye en los procesos productivos.

Hemos visto hombres que, en estos tiempos que parecen muy avanzados, no permiten que las mujeres vayan a los procesos de formación; se muestran reacios a que ellas reciban algún donativo, a que se entregue algún implemento agrícola para desarrollar un área dirigida por mujeres, o a que sea su esposa quien lo reciba. Sin embargo, muchas veces van cambiando cuando ven lo que se puede lograr, cuando se les capacita.

Hacer visibles a las mujeres que toman decisiones y conducen espacios de éxito nos ha dado muy buenos resultados; pero también identificar a mujeres que sean líderes naturales para que reciban apoyo económico. Al final, mostrar esas historias de éxito también obliga a los decisores a aprender.

Y se avanza más, mientras más se trabaja en las bases productivas, en el primer escalón. Porque la campesina, la parcelera y la dueña de un patio productivo, si tienen éxito, se convierten en grandes transformadoras de su entorno.

Un ejemplo muy claro fue el papel que las mujeres cercanas a nuestra organización jugaron durante la covid-19. No podían salir de sus casas, pero decidieron sembrar, activar los frutales, la cría de aves y fueron un enorme apoyo a la alimentación, tan

crítica en aquellos días. Eso quiere decir que las mujeres se crecen en momentos difíciles.

¿Dónde enfocarías los principales esfuerzos?

Los principales esfuerzos, insisto, los dedicaría a trabajar con las bases productivas. Si seguimos pensando sólo desde arriba, las mujeres y los procesos allá abajo no se van a desarrollar, no se transformarán.

Son las personas de esos lugares quienes se preocupan por hacer un camino mejor o una carretera mejor; o batallan porque haya un punto de compra de gas cerca. Parecen cosas muy sencillas, pero hay mujeres que tienen que caminar kilómetros para sacar la balita del gas o recorrer caminos en muy mal estado para acceder a servicios básicos. Esos también son temas importantes.

Cuando se haga un diagnóstico, tenemos que intencionar que sea participativo, que incluya a las comunidades. En Acpa estamos trabajando en



Foto: SEMIac-Cuba.

Los principales esfuerzos, insisto, los dedicaría a trabajar con las bases productivas, reitera la presidenta de Acpa en La Habana.

comunidades vulnerables y es increíble los resultados que se ven cuando se les escucha y se pone un poco de recursos. Se trata de justicia elemental, de respetar derechos.

“Se deben contar las historias de vida de mujeres que tienen cargos de dirección y los llevan con efectividad; o de productoras de éxito”, considera Aurelia Castellanos.



Foto: Cortesía de la entrevistada.

VIOLENCIAS “DE PUERTAS AFUERA”

POR DIXIE EDITH



Foto: SEMlac-Cuba.

En las comunidades rurales hay una reproducción de la vida cotidiana que deja a las mujeres poco espacio para cultivarse de manera integral.

Prevenir y atender las violencias machistas es muy difícil, pero las condiciones que distinguen a los entornos rurales lo hacen todavía más complejo. Herencias culturales más conservadoras, creencias arraigadas, difícil acceso a la información y a los recursos configuran un escenario muy particular para la ocurrencia de este tipo de maltrato.

Para Yenisei Bombino Campanioni, socióloga, profesora de la Universidad de La Habana y estudiosa durante años de esta problemática, “los factores estructurales y culturales que están presentes en las comunidades rurales inciden en esta realidad. Allí es donde a menudo están más reforzados los estereotipos de género y sociales que posicionan a las mujeres en condiciones de desventaja y de mayor discriminación; de vulneración de derechos y de condiciones de minusvalía e inferioridad respecto a sus pares masculinos”.

¿Tienen entonces las mujeres rurales más riesgo de ser víctimas de violencia de género?

Sin dudas. En estas comunidades se mantienen y reproducen tradiciones de discriminación del patriarcado y de una sociedad muy machista, reforzadas por estructuras sociales, culturales y políticas —recordemos que lo personal es político— que sostienen y agravan la situación de las mujeres.

Algunos de estos elementos estructurales tienen que ver con que allí la producción agropecuaria es la principal fuente de empleo. Este es un sector donde, históricamente, ha existido un predominio masculino y una valoración social de que son trabajos rudos, “de hombres”. Esta es una primera condición que hace que las mujeres tengan menos posibilidades de empleo y trabajo remunerado; algo que les generaría mayor independencia y solvencia económica.

En segundo lugar, en las comunidades rurales hay una reproducción de la vida cotidiana muy explotada —vamos a decirle así—, que deja a las mujeres poco espacio para cultivarse de manera integral, desde la ciencia, el conocimiento y también desde su autocuidado. El trabajo doméstico no remunerado les ocupa todo el tiempo. Tenemos las estadísticas de la Encuesta Nacional de Igualdad de Género de 2016, que identifican sustantivas diferencias en el tiempo que las mujeres dedican al trabajo no remunerado.

Las cubanas emplean 14 horas más que los hombres, como promedio, en una semana, al trabajo no remunerado; una brecha que se amplía en las zonas rurales. Entonces, están los temas del cuidado, del trabajo doméstico —y, por tanto, de la reproducción de la vida— en un contexto donde

no existen servicios públicos de apoyo a la familia, por lo que todo cae sobre los hombros de las mujeres.

Sobre ellas recae también un proceso de sometimiento a la familia que las limita; lo mismo con la familia de origen que con la que forman luego. Eso se vincula con el hecho de que son comunidades muchas veces de difícil acceso, por lo cual los lazos de sociabilidad son muy endeble o no existen. Estoy hablando del distanciamiento, del aislamiento que tienen las mujeres en zonas rurales, donde no encuentran con facilidad la ayuda de amistades, familiares, redes de apoyo para salirse de los ciclos de la violencia.

En estos espacios también es más difícil encontrar instituciones que existen en las zonas urbanas, como las Casas de Orientación a la Mujer y a la Familia de la Federación de Mujeres Cubanas u otras de apoyo a las familias. Todo eso hace que sean más frágiles las posibilidades de superar las condiciones de dependencia y sometimiento y, por tanto, de poder liberarse de las garras de los mecanismos patriarcales.

*¿Se expresan diferente esas violencias en contextos rurales que en urbanos?
¿Qué características presentan?*

Hay investigaciones que confirman, al menos, dos diferencias visibles. Una está vinculada con la maternidad. Se han identificado expresiones de hombres del campo que dicen tener hijos con todas las mujeres con las cuales se acuestan y, por parte de las mujeres, muchas de las que habitan en zonas rurales también tienen hijos con diferentes hombres, que luego las abandonan. Ahí hay una relación importante de violencia, sometimiento y también de falta de autonomía sobre sus cuerpos.



Foto: Cortesía de la entrevistada.

Yenisei Bombino Campanioni, socióloga y profesora de la Universidad de La Habana, señala que en las comunidades rurales se mantienen y reproducen tradiciones de discriminación del patriarcado y de una sociedad muy machista.

Otra de las diferencias es que muchas veces, en las zonas rurales, las manifestaciones de la violencia contra las mujeres toman la forma de escarmiento público. O sea, la violencia se da hacia afuera, como una manera

que tienen los hombres de demostrar públicamente que ellas son de su propiedad y que tienen el poder social y el poder del cuerpo de esa mujer. En las zonas urbanas la violencia se da más puertas adentro.

Por otro lado, en las zonas rurales hay mayor aceptación pública de esa violencia; no hay un cuestionamiento social de su existencia, porque mayormente se reconoce que el hombre tiene el derecho de maltratar y someter a las mujeres, porque son “su propiedad”; porque dependen de él, no sólo económicamente, sino también socialmente. O sea, en esas comunidades puede haber procesos de involucramiento y complicidad social; e incluso un consentimiento familiar a través del silencio.

A veces se da una suerte de pacto entre las madres u otras mujeres de la familia, para silenciar intercambios de favores sexuales entre muchachas muy jóvenes y hombres mayores, a cambio de beneficios económicos, o de otra naturaleza; algo que en las zonas urbanas puede identificarse más



Foto: SEMIac-Cuba.

Deben generarse cambios en las vidas de mujeres y hombres rurales para evitar relaciones de violencia de género.

como prostitución. Es como el secreto del payaso: todos lo conocen, pero de eso no se habla.

También ocurren manifestaciones de violencia relacionadas con la identidad de género. Allí la violencia contra personas no heterosexuales o transgénero, por ejemplo, suele ocurrir con una fuerza brutal y características propias que llegan, incluso, a la violencia extrema.

¿Cuáles son los principales desafíos para la prevención y atención a este fenómeno?

Entre los principales desafíos está desestructurar todos los estereotipos que existen en torno a esta cultura social, que otorga derechos a los hombres sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres; pero también el empoderamiento de las mujeres sobre su cuerpo; igualmente, sobre su capacidad de gestión social, económica y política.

Mientras en estas comunidades rurales no existan opciones de empleo, de crecimiento cultural y social para las mujeres, no habrá cambios. No puede haberlos. Porque ellas siguen en esa relación de dependencia. Mientras no existan instituciones fortalecidas que legislen y sean espacios de asesoramiento, acompañamiento y defensa, es difícil que puedan salir de esa situación. Mientras no existan servicios de apoyo a la familia, tampoco. Hay que generar cambios en las vidas de mujeres y hombres rurales para evitar relaciones de violencia de género.



Foto: SEMlac-Cuba.

- Las mujeres representan el 47% de la población rural, pero apenas el 26% de las personas que están económicamente activas en esos espacios.
- Son el 16% de las usufructuarias y el 32% de las propietarias de tierras.
- Más del 60% de las mujeres rurales no tienen un vínculo laboral formal.
- La tasa de participación de las mujeres rurales en trabajos no remunerados (de cuidados y domésticos) es de un 98,39%, lo cual representa el 80% de su tiempo personal. Pero esas tareas ni se reconocen como trabajo, ni se pagan.

Fuentes:

Anuario Demográfico de Cuba, 2022. CEPDE-ONEI
Anuario Estadístico de Cuba, 2022. ONEI
"Ascenso a la raíz. La perspectiva local del Desarrollo Humano en Cuba 2019". CIEM-PNUD.

Las cubanas emplean 14 horas más que los hombres en una semana al trabajo no remunerado, brecha que se amplía en las zonas rurales.

URGE MIRAR A LAS ZONAS RURALES

POR DIXIE EDITH



Foto: SEMlac-Cuba.

Las personas que sufren violencia, en este caso las mujeres rurales, no están desconectadas del entorno, ni de otros sistemas como la familia o la comunidad, apunta Proveyer Cervantes.

En los contextos rurales, la presencia de violencia de género está más extendida, coinciden especialistas. Allí las mujeres suelen vivir más aisladas, tienen mayor dependencia económica de sus parejas, menos preparación técnica o profesional y también menos autoestima. De esta forma, cuentan con pocas herramientas para reconocer el maltrato y hacerle frente, lo que incrementa su vulnerabilidad.

Una sistematización de investigaciones académicas desarrolladas en las provincias de Pinar del Río y Las Tunas confirmó comportamientos similares a los descritos. A juicio de la socióloga Clotilde Proveyer, profesora de la Universidad de La Habana y una de sus autoras, en las zonas rurales de Cuba “la violencia contra las mujeres tiende a aceptarse como algo cotidiano y se naturaliza la violencia no física -psicológica, económica y simbólica- como algo normal y consustancial a las relaciones de pareja”.

¿Cuáles manifestaciones de violencia fueron las más identificadas durante los estudios consultados?

Esta sistematización, realizada de conjunto con la socióloga Magela Romero, resumió las experiencias de estudios de dos instituciones universitarias: el Centro Universitario Municipal de Jesús Menéndez, en Las Tunas, y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Pinar del Río. Fueron experiencias centradas, fundamentalmente, en la gestión del conocimiento y desarrolladas por equipos docentes y de estudiantes de esos centros, en alianza estrecha con instituciones y organizaciones locales que realizan una contribución crucial a los procesos de prevención y atención a la violencia contra las mujeres. Los resultados obtenidos hasta 2016, fecha en que se cerró la sistematización, confirman la importancia del papel de las universidades como protagonistas imprescindibles en el desarrollo local.

Es importante destacar que en ambas instituciones docentes se han llevado a cabo procesos de formación esenciales para el trabajo a favor de la no violencia contra las mujeres. En ese camino, destacan impactos positivos en la preparación de los equipos gestores en temas relativos a género y violencia de género, que se revierte en los procesos de sensibilización y capacitación que promueven; una mayor visibilización sobre este problema social y sensibilización de la población y de personas en puestos de toma de decisión en los territorios. Además, contribuyeron al establecimiento de alternativas de trabajo más coherentes, en función de la atención y prevención de la violencia contra las mujeres.

A partir de la sistematización de las experiencias se puede resumir que, en general, en ambos territorios se constató la presencia de violencia contra las mujeres, naturalizada en el imaginario colectivo, lo que incide en que esta se reconozca sobre todo cuando ya ha llegado a sus manifestaciones más extremas.

En Pinar del Río, en particular, los estudios evidencian la presencia de todas las manifestaciones de violencia de género, con incidencia significativa en la que ocurre al interior de la pareja, tanto física como psicológica y económica. En tanto, la sexual ocurre en menor medida o está más naturalizada y se detecta o denuncia mucho menos.

En el caso de Jesús Menéndez, entre las expresiones más recurrentes se encuentran la violencia psicológica y la económica; sobre todo en el caso de mujeres que no cuentan con empleos estables o de aquellas que, aun teniéndolo, no pueden disponer de sus ganancias.



Foto: SEMIac-Cuba.

Clotilde Proveyer Cervantes, profesora de Sociología de la Universidad de La Habana y coordinadora del grupo de trabajo de la Federación de Mujeres Cubanas para atender y prevenir la violencia de género.

Aunque este no constituye un análisis abarcador, que permita evaluar la complejidad del fenómeno en toda su magnitud, resulta muy preocupante la existencia de otras expresiones de violencia física no solo hacia las mujeres, sino entre los propios hombres, en estas comunidades. También aparecen preocupaciones en torno a la incidencia del maltrato infantil y la violencia contra las personas adultas mayores.

¿Qué elementos aportó la sistematización para el diseño de políticas de prevención y atención a la violencia?

Un aporte fundamental fue constatar que las personas que sufren violencia, en este caso las mujeres rurales, no están desconectadas ni del entorno, ni de otros sistemas como la familia o la comunidad. Por ello, el trabajo con los actores sociales de las localidades rurales debe convertirse en un objetivo prioritario de la labor de prevención y atención.



Los estudios detectan la existencia en comunidades rurales no sólo de violencia física hacia las mujeres, sino entre los hombres.

Además, se confirmó un insuficiente accionar de las redes de apoyo social formal existente en las localidades, pues conocen la situación de la problemática y la gravedad que representa, pero los niveles de preparación para atenderla son bajos. Muchas personas, además, aluden desconocimiento sobre las causas reales de la violencia contra las mujeres y predominan en el imaginario colectivo los mitos y estereotipos que naturalizan el problema. De esta forma, la detección y análisis de la violencia contra las mujeres en estos contextos son aún muy elementales y no distinguen que entre sus causas están las desigualdades de género y el desequilibrio de poder en las parejas.

En los estudios, además, aparece un alto porcentaje de reconocimiento, por parte de las mujeres, sobre la recepción de violencia, un elemento que se posiciona como alerta para todos aquellos actores e instituciones con la responsabilidad de combatir este mal social. En línea con esto, existe desconocimiento por parte de las mujeres sobre sus derechos, así como de las instituciones de apoyo a nivel social.

¿Por dónde debería encaminarse el diseño de estrategias propias para estos espacios?

En general, los estudios evidencian la necesidad de ampliar la red institucional y las alianzas para el trabajo de apoyo a las mujeres maltratadas, así como la urgencia de conformar servicios especializados de atención.

Se requiere un esfuerzo articulador organizado, tanto a nivel local y comunitario como en las instituciones y organismos especializados a nivel municipal o en otras instancias, para elaborar estrategias formales de atención, que incluyan la investigación, la capacitación de actores sociales locales y la sensibilización, pero que trasciendan esas acciones hasta lle-

gar a la creación de servicios especializados donde las víctimas encuentren apoyo, atención y orientación efectiva.

Los resultados de ambos diagnósticos llamaron la atención sobre la urgencia de trabajar para desnaturalizar la violencia contra las mujeres y realizar acciones coherentes de prevención y atención a las víctimas.

Estos resultados no se diferencian significativamente de los que ofrecen estudios similares en otras regiones rurales del país, pero deben ser tenidos en cuenta para favorecer el diseño de estrategias focalizadas de prevención y atención en estos contextos.

La violencia contra las mujeres sigue naturalizada en el imaginario colectivo, por lo que a veces sólo se reconoce cuando alcanza expresiones más extremas.



Fotos: SEMlac-Cuba.



VIOLENCIAS MACHISTAS VS BIENESTAR

POR LIRIANS GORDILLO

La violencia machista teje una compleja madeja que afecta a las mujeres rurales. Distintas formas de maltrato se acentúan y solapan en una cultura patriarcal que continúa sosteniendo la subordinación femenina. Más allá de las lesiones físicas, existe una falta de bienestar y estrés estrechamente relacionados con la cultura patriarcal y la violencia machista. Es por ello que la psicóloga Marien González Téllez, investigadora en la provincia Las Tunas, insiste en relacionar salud con contexto social y cultura patriarcal.

*¿Cómo afecta la violencia de género a las mujeres rurales?
¿Qué consecuencias tiene para su bienestar?*

A pesar de los disímiles esfuerzos que se realizan para cambiar la situación de la mujer en el sector rural, todavía persisten problemas; se establecen las relaciones de poder que sostienen la violencia de género.

Las distinciones desiguales sitúan a la mujer rural en una situación de subordinación materializada en costumbres, tradiciones y actitudes profundamente arraigadas en la sociedad, marcando un estilo de vida permeado por la priorización del espacio y necesidades masculinas.

En mayor medida, existen situaciones de violencia psicológica que, en la mayoría de los casos, no son perceptibles por las mujeres, debido a la educación patriarcal en que se nos enseña a pensar, actuar y hasta sentir; aunque estas formas de violencia pueden ser la base para llegar a la agresión física.

Existe una base patriarcal que sostiene estas relaciones y situaciones de maltrato. Los obstáculos fundamentales para el empoderamiento de la mujer rural están en la sobrecarga de responsabilidades domésticas; elementos que laceran la salud y el bienestar de ellas desde la presencia de desigualdades que conforman situaciones estresantes.

El maltrato genera estrés y existen diferentes vías mediante las cuales el estrés puede provocar diversas enfermedades. El efecto del estrés sobre el sistema nervioso, endocrino e inmunológico es directo. Por otra parte, pueden aparecer efectos indirectos, si se modifican las prácticas de salud que incrementan ciertos riesgos.

El estrés puede estar asociado al aumento de ingestión de sustancias alcohólicas, el tabaquismo, el uso de fármacos e incidencia de trastornos del sueño, los cuales incrementan el riesgo de contraer enfermedades o agravar las existentes. Por lo que el estrés tiene efectos directos e indirectos sobre las enfermedades.



Foto: SEMIac-Cuba.

La falta de oportunidades y la cultura patriarcal intensifican el estrés de las mujeres rurales.



Los obstáculos fundamentales para el empoderamiento de la mujer rural están en las brechas de desigualdad y sobrecarga domésticas, señalan especialistas.

¿El contexto rural marca particularidades en esta situación?

Sí, es evidente que cada espacio socializador caracteriza las relaciones que se establecen entre las personas que lo conforman. Incluye la influencia de la cultura, los medios de producción, las opciones de empleo y recreación en estas comunidades o contextos.

Todos ellos denotan formas de subjetivar la realidad y otorgan sentidos subjetivos a hombres, mujeres y las relaciones que “deben ser establecidas”; en esta dinámica se acentúan rasgos machistas y se invisibilizan las potencialidades femeninas.

No sólo las dobles y triples jornadas laborales de las mujeres rurales constan como factores que afectan su salud, sino también las relaciones que se establecen en este ámbito. El estrés se intensifica en las mujeres rurales, entre otras cosas, por la falta de oportunidades y las reglas de una sociedad que aún las mantiene sometidas a la voluntad de los hombres.

Existen desafíos en la zona oriental de Cuba, pese a no tener el tono tan precario que presentan las mujeres del área de América Latina. Diagnósticos realizados por la Asociación Productora de Animales (ACPA), de conjunto

con la Cátedra de la Mujer y proyectos de investigación pertenecientes a la Universidad de Las Tunas, obtuvieron resultados alarmantes.

Las condiciones de vida de comunidades rurales se caracterizan por escasos medios de transporte para el acceder a ellas, sin existencia de electrificación; el agua que se consume es de pozos, lo que implica que debe ser cargada hasta el hogar, actividad que por lo general realizan las mujeres, por “tener más tiempo disponible”; se utiliza la cocina de leña, es por ello que los beneficios de la revolución energética, ollas y hornillas no pueden ser utilizadas por las mujeres de estos lugares.

Sus jornadas de trabajo en el campo van acompañadas de una sobrecarga de trabajo doméstico en pequeños sitios de tierras, enfrentándose a condiciones materiales mucho más precarias que en el medio urbano; cuentan con poca ayuda familiar y asumen hasta una triple jornada de trabajo, dado su rol de madre y esposa. Esta situación genera una desigualdad de oportunidades para su incorporación a procesos productivos y organizativos, además de sobrecarga física y psíquica para ellas.

Desde la perspectiva de género, estos indicadores desde el ámbito comunitario evidencian claras situaciones potenciadoras de estrés. La realidad de las mujeres rurales condiciona una vida marcada por el desgaste, debido a las desigualdades, la violencia, la carencia y la inaccesibilidad a recursos materiales y espirituales que le brindan el tan esgrimido bienestar. Es por ello que se necesita visualizar el brillo de cada mujer en el espacio en que se encuentre y crear para todas las posibilidades de crecer.

¿Qué respuesta propondrías a la violencia de género en contextos rurales?

Tratando esta violencia de género desde esta perspectiva salutogénica y en relación con elementos del estrés que favorecen y causan enfermedades y maneras de enfermar para hombres y mujeres, es pertinente la solución adaptada a las propias características de estos espacios rurales.

Desde mi visión personal, pese a que la violencia física se trate de ocultar en gran cantidad de casos, es mayormente visible, lo que favorece su tratamiento y atención por los diversos sistemas de salud o sistemas sociales dispuestos en nuestro país. Pero no sucede de igual manera con esa violencia que se invisibiliza por esos mismos aprendizajes en los espacios familiares, incluso educativos, que instituyen comportamientos y acciones basadas en estereotipos y normas apegadas a la configuración masculina de poder. Ese tipo de violencia es más solapada y en ocasiones no se descubre o “convenientemente” no se hace consciente.

Tiene que ver con los accesos a información, opciones de espacios recreativos, disponibilidad de tiempo, construcción de equidad familiar y

reconfiguración de roles familiares, así como la distribución de tareas y límites, acceso a espacios de salud, educación sexual y reproductiva, pensada desde la diversidad e incluyendo personas con necesidades especiales, orientaciones e identidad de género diferentes, construcción de subjetividades grupales y sociales menos discriminatorias.

Las acciones más específicas irían encaminadas a desarrollar mayores intervenciones comunitarias desde la perspectiva de género, facilitar espacios de inclusión para la diversidad —ya sea culturales, recreativos, laborales o de salud—; crear talleres educativos y de aprendizajes, favorecer encuentros con especialistas, que la coeducación comience por personas decisoras; favorecer oportunidades de trabajo para mujeres, pensadas desde sus características y del lugar donde viven, que permitan mayores ingresos personales; intencionar una inyección de capital en estas zonas, para la construcción de infraestructura de desarrollo local.



Foto: Cortesía de la entrevistada.

La psicóloga Marien González Téllez, investigadora en la provincia Las Tunas, insiste en relacionar salud con contexto social y cultura patriarcal.

Desde la perspectiva más global, las acciones para la disminución de estas formas de violencia irían encaminadas a la desconstrucción y los desaprendizajes de cada manifestación de poder irracional masculino.



Foto: SEMlac-Cuba.

La falta de oportunidades y la cultura patriarcal intensifican el estrés de las mujeres rurales.

EL TRABAJO QUE NO SE VE

POR DIXIE EDITH



Foto: SEMlac-Cuba.

Si bien las mujeres representaban en 2019 el 46,3 por ciento de la población rural, solo eran el 26,1 por ciento de la fuerza laboral económicamente activa en esas zonas.

Baja participación en el empleo remunerado y una carga excesiva de labores domésticas clasifican entre las brechas fundamentales que, en materia de derechos, frenan el desarrollo de las mujeres rurales cubanas, coinciden cifras e investigaciones diversas.

Según el [Anuario Estadístico de Cuba 2022](#), ellas representan apenas el 18,5 por ciento de las personas que se dedican a la agricultura, la ganadería, la caza y la silvicultura.

En tanto, el más reciente informe sobre desarrollo humano y cuarto publicado en el país asevera que, si bien las mujeres representaban en 2019 el 46,3 por ciento de la población rural, sólo eran el 26,1 por ciento de la fuerza laboral económicamente activa en esas zonas.

Bajo el título [“Ascenso a la raíz. La perspectiva local del Desarrollo Humano en Cuba 2019”](#), el texto advierte que más del 60 por ciento de las cubanas que viven en los campos no tienen un vínculo laboral formal, pero eso no significa, necesariamente, que no trabajen.

“Las mujeres vinculadas a los espacios agroproductivos dedican mucho tiempo al cuidado de los animales, de los huertos familiares o a la elaboración de alimentos, labores que forman parte de todo ese trabajo reproductivo que no se ve, no se paga; pero existe y sostiene la vida”, considera la investigadora feminista [Georgina Alfonso](#), directora del Instituto de Filosofía.

Los datos lo confirman. El citado estudio sobre desarrollo humano refiere que la tasa de participación de las mujeres rurales en trabajos no remunerados es de más del 98 por ciento, lo que representa el 80 por ciento de su tiempo personal.

“Cuando se habla de garantizar a nivel de país la seguridad alimentaria, por ejemplo, se llega hasta la siembra y la cosecha; pero casi nunca se habla de la parte de elaboración y conservación de los alimentos, que son los aportes de las mujeres a ese proceso esencial, pero están naturalizados por la división sexual del trabajo”, reflexiona Alfonso.

Zancadillas para llegar al surco

La rudeza de la labor agrícola, las malas condiciones de trabajo, los bajos salarios con que se remunera a los empleos considerados “típicamente femeninos”, la sobrecarga de responsabilidades domésticas y, en general, las tareas de cuidado representan importantes barreras para su incorporación al sector agropecuario, coincide el estudio

“Condición y posición de las mujeres rurales en Cuba”.

Desarrollado por las investigadoras Miriam García, Yenisei Bombino, Betsy Anaya y [Dayma Echevarría](#), se trata de un análisis sobre el impacto, en este sector de la población, del proceso de actualización del modelo económico y social implementado en la nación caribeña desde 2011.

Para que una mujer pueda incorporarse a las tareas productivas o participar en procesos de liderazgo, también hay que pensar “en servicios de apoyo al hogar que alivien las difíciles condiciones que tiene hoy el país y le permitan equilibrar esas cargas domésticas”, opina Aurelia Castellanos Quintero, presidenta de la filial capitalina de la Asociación Cubana de Producción Animal (Acpa).

En tanto, la psicóloga Vilma Hidalgo López-Chávez considera que las desventajas de género se expresan también en la escasa “participación en formas de propiedad de mejor remuneración y prestigio social, acceso al empleo, salario, posesión de activos, conciliación de la vida pública y privada”, según expone en el texto [“Desigualdades sociales y ruralidad en Cuba. Los desafíos a la política social”](#), publicado en mayo de 2021 por la Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung (FES), en alianza con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).

Esos resultados coinciden con los de un diagnóstico de género coordinado en 2023 por Georgina Alfonso, como parte del Convenio “Apoyo al Programa de la agricultura urbana, suburbana y familiar, mediante Sistemas Agroalimentarios resilientes e inclusivos para el autoabastecimiento en seis municipios de Cuba”.



La capacitación y la sensibilización de género también son ejes esenciales para eliminar desigualdades en las zonas rurales.

El proyecto, desarrollado con apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo (Aecid), se implementa en las provincias de La Habana y Santiago de Cuba, a unos 800 kilómetros al este de la capital, a partir de una alianza entre organizaciones no gubernamentales de cooperación como Mundubat, Sodepaz y Justicia Alimentaria, junto a asociaciones cubanas como Acpa, las de Agricultores Pequeños, Técnicos Agrícolas y Forestales y Cubasolar.

La evaluación desarrollada por el equipo de Alfonso identificó también la capacitación y la sensibilización como ejes esenciales para eliminar desigualdades en las zonas rurales.

“Las desigualdades de género en capacitación técnica, control y acceso a los recursos productivos, liderazgo y representación social son generalizadas en los municipios que integran el convenio (Cotorro, Habana del Este y Plaza de La Revolución, en La Habana y Contramaestre, Tercer Frente, y San-

tiago de Cuba, en la provincia de igual nombre)”, indica el diagnóstico.

Esto “limita en gran medida el desarrollo del trabajo y sus logros en el sector, lo que afecta fuertemente no sólo a la soberanía y la seguridad alimentaria, sino el bienestar general de la sociedad”, agrega.

En opinión del equipo, el avance hacia la equidad de género en los espacios productivos “se vincula directamente con procesos formativos y comunicativos que promuevan iniciativas innovadoras a corto plazo”.

También reconocen la presencia de las mujeres en diferentes espacios de toma de decisiones como una “condición necesaria, aunque no suficiente, para promover la igualdad y la equidad de género” y recomiendan crear comités de género en organizaciones agroproductivas, promover mujeres a puestos de liderazgo, introducir la innovación y ampliar las capacidades productivas.

Según los resultados del diagnóstico, estas pueden ser algunas “vías para atender mejor las necesidades de quienes producen y sus condiciones de vida”.

Hidalgo López-Chávez, por su parte, aboga por introducir la visibilidad legal y algunas medidas afirmativas que pongan a las mujeres en el mapa de los espacios agroproductivos.

Entre ellas, enumera el otorgamiento de la copropiedad de tierras a las esposas y otras mujeres de la familia y la posibilidad de que el tratamiento a las desigualdades de género en las cooperativas esté recogido como uno de sus principios rectores.

También recomienda fortalecer el papel de la Federación de Mujeres

Cubanas (FMC) y otras organizaciones vinculadas a la producción agropecuaria, “como sistemas de apoyo en la utilización de mano de obra femenina de forma sostenible”, no sólo como agricultoras, “sino también en otros puestos de trabajo de mayor envergadura”.

Baja participación en el empleo remunerado y una carga excesiva de labores domésticas clasifican entre las brechas fundamentales que frenan el desarrollo de las mujeres rurales cubanas.



Fotos: SEMIac-Cuba.

